



MAS VALEN CIEN PAJAROS VOLANDO QUE UNO EN LA MANO

En el mismo instante de vivir un acontecimiento se me hace recuerdo. El presente aparece cubierto de mil velos que son las incontables interpretaciones de la memoria. Se diría que un punto de mi ser, aquel de la conciencia permanente, está en el futuro y que desde allí recorre hacia el origen un Amazonas hirviendo de pasado duro. Nada existe aquí y ahora. Todo es allá y antes. Un espectáculo que no cesa, que no puedo detener, yo que, si existo—cosa nada segura—, es en ningún sitio y después... He visto en el Parícutín, México, la bajada sorda de un río de lava. He visto, con igual tozudez, deslizarse la ciudad de Santiago como por la falda de un volcán, lenta, cambiando sin cesar. Me fui de la capital en 1953, volví en 1991. Todo estaba ahí y nada quedaba. Mis novias convertidas en abuelitas, la mitad de mis amigos bajo tumbas, más árboles, más polución, nuevas palabras, desfiles avanzando a regañón por el tiempo, envueltos en el magma, el cambio incesante, con temblores, con asesinatos, con partos, con vino blanco, entre eufóricos y melancólicos, tratando de estar ahí, vivos, presentes y por eso mismo fantasmas del pasado, recuerdos de ayer que son este mismo instante.

Cuando otro habla, tengo la sensación de que soy yo el que lo hace. Por disolver mi mente en el silencio, me tragué todas las voces. Afirmo lo que cualquiera dice y por eso no ceso de contradecirme. Soy un coro donde los pensamientos, de tanto diferenciarse, se ahogan entre sí y producen un ronroneo sinfónico que es belleza pura, como el voloteo de las hojas de un árbol gigantesco. Es el canto de los cuervos al atardecer en los lupanares de Barcelona, el crujido metálico de los grillos de Bangalore cuando cesa la lluvia, el balido azucarado de los tropeles de cabras bebiendo en una charca del desierto de Sonora... Y entre ese resonar de oleaje surge una frase clara, generalmente de un poeta, que le da sentido al colosal moscardoneo de las voces contradictorias. Entonces el océano se colora y significa. Es como ver aparecer el primer fruto en un bosque de árboles estériles. Ese alimento dulce redime a tanta hojarasca y nos otorga otra vez la fe. "Que una sola flor se abra y será primavera en

ALEJANDRO JODOROWSKY

Mimo, director de teatro, actor, cineasta, autor de historietas y novelista, Alejandro Jodorowsky—iquiqueño de origen— está radicado en el extranjero desde 1953. Inició su azarosa vida artística haciendo mimos con Marcel Marceau, a quien escribió sus dos pantomimas más conocidas: *La Jaula* y *El fabricante de máscaras*. Entre sus películas destacan *El Topo*, *La Montaña Sagrada*, *Santa Sangre* y *Fando y Liskis*. Su novela *El loro de las siete lenguas* fue editada recientemente en nuestro país.

todo el mundo". En los 37 tratados del Talmud los rabinos no cesan de discutir. Cada cual da como verdad su versión personal de un párrafo. A pesar de que todos afirman algo distinto, nadie discute con los otros. Nadie trata de llegar a una conclusión general. Cada cual canta como el corazón le dice. Dios y sólo él sabe quién tiene la razón. Quizás la tengan todos, o unos cuantos o ninguno. Qué importancia tiene. Se trata de cantar.

Poco a poco, con el correr de los años, después de esa inmensidad de horas dormidas, me sucede, sin que intervenga mi voluntad —es como la lluvia, cae cuando quiere—, que en medio de un sueño aparece mi personalidad de la vigilia y me doy cuenta de que estoy soñando. Sí, me vuelvo consciente en ese mundo que parece tan real siendo pura ilusión. Me convierto en mago porque puedo dirigir —torpemente es cierto— las imágenes. Pido un desfile de leones frente al Palacio Presidencial. Durante algunos segundos nada pasa y cuando casi he olvidado la orden, avanzan por la Alameda diez mil fieras color miel. Enfrento a las amenazas mortales y sea el monstruo que sea, hago que se transforme en ángel de la guarda y me ofrezca un regalo que absorbo por diferentes partes de mi cuerpo incluyendo a las pudendas. Aquí los símbolos se hacen alimento. Me cambió en llamarada, nube, pirámide o profesor de filosofía. Puedo volar, entrar en el sol para devorar su centro frío o visitar en los ataúdes a mis amigos muertos, tenderme al lado de su planetaria tranquilidad y aprender de esa sabiduría que tienen los viejos cadáveres... Como equilibrio de esta lucidez onírica, en mi vida diaria, aquella en la que me parece estar realmente despierto, no ceso de soñar... No digo que veo cosas por los ojos o que uso los órganos de los otros sentidos pero allí dentro, en lo que capta del instante mi memoria, surgen acontecimientos inverosímiles. Por ejemplo, cuando, después de cuarenta años de ausencia, fui a visitar a mi antiguo maestro don Nicanor Parra y éste, en el jardín de su casa, junto a un asado de cordero —que tenía una corona de espinas en la cabeza—, me habló de los conceptos poéticos que rigen su vida, no cesé de ver alrededor suyo un enjambre de minúsculas lechuzas negras que iban adornando las frases que pronunciaba, siempre en alejandrinos, con diferentes formaciones. Ululando sobre su cabeza como un inmenso sombrero hongo, o atrás de su espalda como dos alas puntiagudas o partiendo de su pubis en un largo falo obscuro que iba a enroscarse en un manzano... Por la boca de los señores políticos, en la televisión, veo caer objetos tan extraños como coleópteros dorados que ríen con voz de muñeco de ventrílocuo o patas de palo blancas para novias salvadas de un tifón... Y cómo describir lo que hay detrás de las caras: esos seres sobrenaturales, sin edad, nombre ni sexo, brillantes como joyas, que habitan dentro de cada ciudadano, qué digo, dentro de cada piedra, de cada perro. Cuando estoy lúcido en el sueño puedo forzarme y despertar. Cuando casi sonámbulo vago por el mundo cotidiano podría quizás, con un grito de santo, dejar entrar esos grandes transparentes, materializarlos y al mismo tiempo volver intangible lo concreto para así unir de una vez por todas los dos mundos en una dimensión ambigua donde quede suelta la belleza divina... Después viene otra tentación: cesar este duermevela y disolverse en aquello que no sueña ni está despierto y que es, para nosotros, ausencia pura, invisible madre de toda soledad.

Dos patos delante y uno atrás. Dos patos atrás y uno adelante. Y un pato en el medio, ¿Cuántos patos son? Ni siete, ni cinco. Sólo tres que van en fila india... Así jugábamos en la escuela dando tres versiones de una sola realidad. Hubiéramos podido encontrar más. Dos patos decididos a avanzar y un pato furioso empujado por el viento, patos que van indiferentes, que van felices, que van agonizando, patos que no saben que son

patos, tres Budas disfrazados de patos... Cada instante puede serlo todo, si Dios no está aquí no está en ninguna parte, la vida cotidiana es asombrosa, responde diferente a cada distinta mirada: no hay que tratar de fijarla en un sentido único, más valen cien pájaros volando que uno en la mano. Es más, ¿quién habla? No soy Dios y lo soy, ¿quién soy? ¡Hilo soy! Nada sino un delgado trazo de unión. Si me uno, valgo; si me separo, llego a desaparecer. El General carece de soldados, por soledad los inventa, para jugar. El General nunca muere, sólo sus pequeños soldados. **Dados** con que juego el sol, efímeros cubos de luz que ruedan, hacen su número y desaparecen tragados por un origen disfrazado de final.

Por todo lo cual me pongo un zapato sobre la cabeza y dejo que los maestros partan al gato del templo en dos pedazos que nunca podrán ser simétricos. Confieso que aún no sé qué oficio tomar: o profesor de invisibilidad o desinfectador de espejos.

